

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ



ALFONSO XIII, ENTRE EL 98 Y EL REGENERACIONISMO

Por Carlos SECO SERRANO

A finales del verano de 1900 escribía don Francisco Silveira a uno de sus más íntimos colaboradores en el Gobierno que él venía presidiendo desde el año anterior:

«Importa que vaya penetrándose la gente de las cualidades y aptitudes del Rey, y para eso, con apariencias de indiscreción y encargando el secreto, le cuento a todo el mundo lo que he observado del Rey, su perspicacia,

su resolución de mandar cuando llegue su mayor edad, lo que él me dijo tomando un cigarro *de dentro de año y medio...*, y así se va desvaneciendo la idea de que es muy niño y que no está preparado para ejercer el poder...».

El viejo político había consagrado buena parte de sus jornadas veraniegas en la corte de Miramar a observar con detenimiento al adolescente que en fecha ya muy próxima

tomaría las riendas del poder... moderador. Ello le había permitido descubrir —y lo subrayaba con la satisfacción del abuelo que pondera el talento de su joven nieto— «las cualidades y aptitudes» del Rey, imagen entrañable, pero borrosa, para la inmensa mayoría de sus futuros súbditos. Bajo la prudente tutela de la Reina madre, Doña María Cristina, el augusto niño era por entonces poco más que un símbolo. Su «vocación»

política ocultaba una incógnita, al mismo tiempo esperanzadora e inquietante. El hombre —el muchacho, perspicaz y simpático, que había cautivado a los maduros ministros embarcados con él en el «Giralda» a lo largo del mes de agosto— era una silueta imprecisa para sus compatriotas.

Pero al correr del tiempo —ya lejos su reinado, ya perdidos en un brumoso ayer los largos años de su exilio—, Al-

fonso XIII ha seguido siendo, a los ojos de las nuevas generaciones españolas, un gran desconocido. Hasta nosotros ha llegado, a través de panegíricos banales y de críticas partidistas, una semblanza convencional, hecha de semi-verdades o de falsedades manifiestas: la del Alfonso XIII frívolo e inestable en su vertiente humana, afanoso de poder personal en su faceta de político.

En mi libro *«Alfonso XIII y la crisis de la Restauración»* me he esforzado, hasta donde alcanzó mi intuición de historiador, en fijar la verdadera imagen del hombre y del Rey. El hombre y el Rey se funden, sintéticamente, en uno de los grandes protagonistas de nuestro «regeneracionismo», tal como éste se manifiesta a partir de la coyuntura crítica del 98. Precisemos que el país atravesará, desde esa fecha, tres experiencias regeneracionistas: la que intenta la «revolución desde arriba» sin abandonar los cuadros institucionales montados por Cánovas; la que, al margen del sistema canovista, pero dentro aún de la monarquía restaurada medio siglo atrás, trata de cortar el *nudo gordiano* de los problemas nacionales mediante la Dictadura; la que —derrumbada la monarquía— se despliega en la empresa azañista apoyada por el socialismo, en los primeros años de la II República. De esas tres experiencias, dos fueron «presididas» por Alfonso XIII. El hizo posible, con su magnanimidad, la tercera.

UN NOVENTAIOCHISTA EN EL TRONO

ALONSO XIII se encuadra en efecto, muy exactamente, en la generación del 98: su peculiar posición en el Estado suple las diferencias de edad con respecto a los grandes corifeos de aquella extraordinaria promoción intelectual y política. Ningún español vivió tan intensamente —en el recato de los gabinetes palatinos, cabe los silencios, las lágrimas contenidas y las zozobras de su propia madre— la crisis del país, que pudo serlo de la dinastía, a vuelta de los desastres de Ultramar. No era difícil intuir, a su mente despierta, llena de penetración —como la define Silveira— los «males de la patria» y lo que esa patria requería de su propio esfuerzo; según la robusta expresión de Costa, convertida en dogma por el regeneracionismo, la búsqueda de la *España real*; la apertura

“Identificar en sí a las dos Españas suponía para Don Alfonso un fin y un punto de partida.”

ra de cauces para que aflorase esa España «falseada», «ahogada» por las superestructuras de la *España oficial*. Ahora bien, el Rey era —debía serlo, por definición— encarnación de la España real. Era, al mismo tiempo, expresión máxima de la España oficial. Identificar en sí a las dos Españas suponía, para Don Alfonso, un fin y un punto de partida. Y ahí estaba el sentido de su «resolución de mandar», finamente detectada por Silveira. Se trataba de una *tarea de servicio*; se trataba de poner el trono por encima de la «farsa» denunciada por Costa; de «nacionalizar la monarquía», según la expresión de Canalejas. Pero, incluso, de sacrificar la monarquía, si la regeneración no era posible bajo su signo.

Al iniciarse el decisivo año de 1902, el de su mayoría de edad, el Rey niño —quince años inquietos e ilusionados, una figura esbelta, alta y flexible como una espada, un rostro en el que prevalecen los rasgos habsburgueses sobre la herencia borbónica, animados por la luz inteligente de la mirada y por el encanto de una afable sonrisa— escribe, en las páginas de su diario personal, estas palabras sumamente reveladoras:

«En este año me encargaré de las riendas del Estado, acto de suma trascendencia tal y como están las cosas, porque de mí depende si ha de quedar en España la Monarquía Borbónica o la República. Porque yo me encuentro al país quebrantado por nuestras pasadas guerras, que anhela por un alguien que le saque de esta situación; la reforma social en favor de las clases necesitadas; el Ejército con una organización atrasada a los adelantos modernos; la Marina sin barcos; la bandera ultrajada; los gobernadores y alcaldes que no cumplen las leyes, etc. En fin, todos los servicios desorganizados y mal atendidos. Yo puedo ser un Rey que se llene de gloria regenerando la patria; cuyo nombre pase a la Historia como recuerdo impeccedero de su reinado; pero también puedo ser un Rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros, y, por fin, puesto en la frontera...».

«Yo espero reinar en España como Rey justo. Espero al

mismo tiempo poder regenerar a la Patria, y haré, si no poderosa, al menos buscada, o sea, que la busquen como aliada. Si Dios quiere, para bien de España.»

Lo primero que en este texto impresiona es el claro pronóstico del Rey. La perduración de la Monarquía en España dependerá de la capacidad del Régimen para llevar a cabo la necesaria «regeneración de la patria». Todo cuanto se manifiesta como problema en el encapotado horizonte del país se hace presente a la conciencia del joven Monarca: la postración generalizada traída por la derrota de Ultramar; el problema social; el mal estado de las Fuerzas Armadas, y en especial de la Escuadra; los incipientes chispazos de un regionalismo secesionista —la bandera ultrajada—; la corrupción de la Administración local... En superar este cuadro de tensiones o de deficiencias consiste la tarea de un Rey «que se llene de gloria regenerando la Patria». Su fracaso será la alternativa —la oportunidad— de la República: ya desde ahora, Alfonso XIII pone por encima de la Monarquía la suerte del país. Pero quizá sea lo más significativo de todo el texto la fe que denota en su propio entusiasmo, cuyo reverso es una inicial desconfianza hacia la «clase política» —la de la «oligarquía» y el «caciquismo» fulminados por Costa—: «Yo espero... poder regenerar a la Patria...; pero también puedo ser un Rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y, por fin, puesto en la frontera». (Churchill, en una admirable semblanza del Monarca, escribió: «Se sintió el aje fuerte e inmovible en torno al cual giraba la vida española...»)

En este generoso concepto de su propia misión «de servicio» a la Patria está el peligro, pero lógico reverso —es un «regeneracionista» quien ocupa el trono—: la tendencia a situarse como árbitro no entre los partidos —puesto que éstos no representan sino parcialmente la realidad del país—, sino entre el «sistema» y las nuevas fuerzas sociales alumbradas en torno a la crisis, y poco dispuestas a integrarse en aquél. No mucho después de

redactar la página del diario que acabamos de comentar se produciría su interpelación al que era su maestro en Derecho político, Santamaría de Paredes: «¿Y qué he de hacer cuando, en conciencia, la observancia de la Constitución se oponga a mis deberes para con España?».

ESPAÑA VITAL Y ESPAÑA OFICIAL

EN mayo de este año 1902 tiene lugar la jura solemne de Alfonso XIII en las Cortes: ceremonia equivalente a la tradicional «coronación» en otras Monarquías europeas. Empieza para España —para la «España vital» de Ortega— un cuarto de siglo del que Madariaga, tan reticente, sin embargo, con el Rey, ha dicho que sólo tiene parangón con la época áurea de Carlos III. Y, en efecto, a partir de 1910, superadas ya las dificultades iniciales provocadas por la pérdida del mercado de Ultramar, el despliegue demográfico y económico —fuertemente impulsado este último por la insólita coyuntura deparada a la neutralidad española durante la Gran Guerra— colocará poco a poco al país en zona muy próxima al tránsito del subdesarrollo al desarrollo. En veinte años el sector primario —la faceta rural de la población activa—, aun siendo el de más peso, ha quedado muy atrás respecto a la suma de los sectores secundario y terciario —industria y servicios—. Significativamente, retrocede la España campesina frente a la España urbana (sólo el infortunio de la crisis mundial, de la guerra y la revolución aplazará el paso decisivo en tres décadas más). De otra parte, el esplendor cultural —desplegado por las tres generaciones coincidentes en la segunda década del siglo: la de la Restauración, la del 98, la del 14, a las que vendrá a sumarse, ya al final del reinado, el grupo de poetas del 27— enlaza esta «edad de plata» con el Siglo de Oro de nuestros clásicos. Ciertamente se trata de minorías selectas. Pero también lo es que el descenso acelerado de los niveles de analfabetismo es una constante a lo largo de este tercio de siglo. Puede hablarse de un similar apogeo en el campo de las bellas artes: mientras un Sorolla —en el campo optimista del «regeneracionismo» pictórico— o un Solana —en su vertiente amarga— renuevan el panorama de las exposicio-

nas nacionales, al otro lado de las fronteras abren caminos universales el malagueño Picasso, el madrileño Juan Gris. Y está en la cumbre de la creación musical europea —entre los momentos de Ravel y Stravinsky— el gaditano Falla. Ciertamente: esta «edad de plata» bien pudiera ser llamada «segunda edad de oro».

ca del reinado de Alfonso XIII podría resumirse en los fracasos sucesivos de la primera —la «España oficial»— para adecuarse a las exigencias y a las tensiones de la nueva sociedad, definitivamente «desencajada» por el impacto indirecto de la Gran Guerra —y, más aún, de la postguerra—. Es ese desajuste el que

ESQUEMA POLITICO DEL REINADO

PUEDE clarificar las cosas, a la hora de estudiar la evolución política de este tercio de siglo, distribuirlo cronológicamente en cinco etapas, que, a su vez, oscilan entre los cinco y los seis años de duración.

maliciosamente interpretadas por los terceros en discordia—, ese lustro alumbra, como jefe indiscutible de la *familia conservadora*, la figura «revolucionaria» de Maura, y como firme esperanza de la *familia liberal*, la robusta personalidad de José de Canalejas. Son los dos políticos que se repartirán, en sucesivos Gobiernos memorables, el lustro siguiente (1907-1912), desplegado entre la «revolución desde arriba» maurista (1907-1909), frustrada en torno al proyecto de ley, nunca aprobado, de Administración Local —la famosa «ley de descuaje del caciquismo»—, y la «democratización» de Canalejas (1910-1912), intentada en torno a un nuevo concepto del Estado: en la «cuestión social», en sus relaciones con la Iglesia, en el reclutamiento del Ejército; en el planteamiento de las relaciones internacionales, de cara a los últimos capítulos del «reparto de África».

Luego —hundido políticamente Maura y asesinado Canalejas— los seis años que siguen (1912-1918) contemplarán la fragmentación de los partidos dinásticos. Afirmada la neutralidad española —empeño fundamental del Rey y de su ministro Dato—, la guerra exterior desarticula, sin embargo, los cimientos sociales y económicos del país. Nuestra paz permite una inversión del signo de la balanza comercial, un fuerte impulso hacia la industrialización, una crecida del obrerismo urbano y, en consecuencia, la insólita ampliación de sus cuadros sindicales: los de una UGT de filiación socialista, los de una CNT de inspiración ácrata. Ninguno de los factores de trastorno y crecimiento que la situación comporta (sobre todo el empuje de dos corrientes de la España real no canalizadas por los partidos oficiales: regionalismo y obrerismo) se aviene al viejo convencionalismo del «turno» Cánovas-Sagasta. Y estalla así la triple subversión de 1917: la de un sector de la oficialidad del Ejército —desazonada por la ausencia de reformas siempre aplazadas—; la de «los parlamentarios» —movilizados por el catalanista Cambó y por el reformista Melquiades Álvarez: dos frentes políticos no incluidos en el «turno»—; la de los partidos y sindicales obreros —amalgamadas por el republicanismo radical—. Triple signo de inquietud, pero manifiesto en brotes sucesivos y sin conexión entre sí: azuzados, de otra parte, por la tormenta exterior. El Gobier-

MADRID DIA 17 DE
ARRIL DE 1931
NUMERO SUELTO
10 CENTS. 10 10 10

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO VIGESIMOSEPTIMO
N.º 8.833 10 10 10

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE SERRANO, NUM. 55, MADRID

AL PAIS

He aquí el texto del documento que el Rey entregó al presidente del último Consejo de ministros, capitán general Aznar:

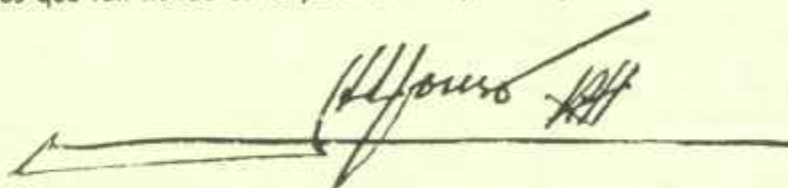
Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas.

Un Rey puede equivocarse, y sin duda erré yo alguna vez: pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

Soy el Rey de todos los españoles, y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta rigurosa.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles.



Nota del Gobierno acerca del mensaje.

El ministro de Hacienda facilitó a última hora de ayer tarde la siguiente nota: «El Gobierno no quiere poner trabas a la divulgación, por parte de la Prensa, del manifiesto que firma D. Alfonso de Borbón aun cuando las circunstancias excepcionales inherentes al nacimiento de todo régimen político pudieran justificar que en estos instantes se prohibiera esa difusión. Mas como el Gobierno provisional de la República, legitimado de la adhesión fervorosa del país, está libre de todo temor de reacciones monárquicas, no prohíbe que se publique ni cree necesario que su inserción vaya acompañada de acotaciones que la refuten de momento. Prefiere y basta que el país lo juzgue libremente, sin ninguna clase de sugerencias ministeriales.»

Mensaje de Alfonso XIII a los españoles desde la portada de ABC el 17 de abril de 1931.

Peró semejante panorama —el panorama verdaderamente indiscutible de la época alfonsina— no puede hacer olvidar un hecho: la diferencia de ritmo entre las dos Españas, oficial y real —o vital—, alumbrado por el fogonazo del 98. La historia política

pondrá a prueba, con todo el riesgo que ello implica, el «comportamiento político» del Rey, incapaz de contemplar pasivamente el espectáculo, abierto mucho más al «clamor del pueblo» que al lenguaje convencional de los jefes de partido... o de bandería.

Una primera (1902-1907): la que supona el tránsito de las viejas jefaturas políticas —Cánovas, Sagasta, Silvela— a las de los nuevos «líderes» madurados en torno al 98. Difícil e inestable por esa misma razón —tal es el secreto de las «crisis orientales», tan

“Jamás fue el Rey más Rey que en el momento de renunciar a una resistencia armada —la que le brindaba el general Cavalcanti— tras las elecciones de abril de 1931.”



no nacional de 1918 será —inspirado por las soluciones políticas que la Gran Guerra plantea en los países beligerantes, como Francia— un desesperado esfuerzo para superar la debilidad política de los partidos fragmentados, en una difícil hora de prueba.

El lustro siguiente (1918-1923) es ya un plano inclinado hacia la liquidación del sistema Cánovas en los momentos en que la guerra multiplica las dictaduras en el viejo y el nuevo mundo. Para España, la paz ha implicado un nuevo cambio de signo —negativo ahora— en su balanza comercial, verdadera clave para explicar las tensiones generalizadas en diversos planos: crisis económica, descomposición social —que es «guerra social» en Cataluña—; radicalización de los regionalismos, alentados por el credo wilsoniano; replanteamiento del problema —adormecido durante la conflagración mundial— de Marruecos. El año 1921 marca el punto más alto de la crisis: en marzo es asesinado Eduardo Dato, pieza indispensable para una necesaria concentración conservadora. En julio se produce el percance de Annual, en la ruta de posiciones que marcan el camino de Melilla a Alhucemas. Comienza la ofensiva socialista en torno al tema de las «responsabilidades». Enlazadas la crisis social, la crisis económica, la crisis militar y la crisis nacional, el corte del nudo gordiano se producirá por obra del general Primo de Rivera en el golpe de Estado de 1923.

Cada uno de estos capítulos —hasta la Dictadura, que cubre el quinto— queda marcado por una «ruptura» resonante que apunta, con intervalos de cuatro años, a las sucesivas fases que jalona- ron, en el último cuarto del siglo XIX, la construcción del edificio canovista. Recordemos muy sintéticamente que entre 1874 y 1890 el sistema de la Restauración había ido remontando las siguientes gradas: a) El reencuentro del Trono y el Ejército («pronunciamiento» de Martínez Campos en Sagunto). b) La pacificación militar, social y política, simbolizadas en la Constitución «integradora» de 1876. c) La cristalización de los

grandes partidos que debían polarizar a las dos Españas separadas por el 68 —liberal conservador: 1875; liberal fusionista: 1881—. d) El «consenso» para las reglas de juego en este bipartidismo «integrador»: Pacto del Pardo (1885). e) La inflexión democratizadora, impuesta por Sagasta en el primer lustro de la Regencia y culminante en la «reconquista» del sufragio universal: 1890.

Pues bien; las crisis que en sucesivos brotes han ido desmontando —de arriba abajo— los «pisos» de este edificio desde 1902 a 1923 pueden enumerarse así: 1905: primera quiebra de la integridad «democrática» legalizada por Sagasta, a raíz de la agitación catalanista que desembocará en la famosa «ley de Jurisdicciones». 1909: ruptura del Pacto del Pardo, como consecuencia de la resaca política de la Semana Trágica. 1913: fragmentación de los dos partidos dinásticos, con la desaparición de Canalejas y la intransigencia «imposible» de Maura. 1917: quiebra de la pacificación social que la Restauración trajo, al estallar la huelga revolucionaria de agosto cuando están en efervescencia las Juntas Militares y la rebelión de los parlamentarios. 1921: ataque sistemático a las dos grandes instituciones —Monarquía y Ejército— sobre cuyo entendimiento gravitó todo de la Restauración.

LA DIFÍCIL LABOR DE ALFONSO XIII

A HORA bien, ¿cuál ha sido la actitud del Rey a lo largo de todo este proceso de descomposición? No otra que la de «cubrir las distancias», cada vez mayores, entre la evolución interna de la sociedad española y el instrumental político del sistema creado por Cánovas y Sagasta. En este empeño hubo de salvar, mediante la difícil solución de dos crisis de Estado —la de 1906, que dio paso al Gobierno Moret tras el tropiezo de Montero Ríos en torno al conflicto entre el Ejército y el poder civil de 1905, y la de 1909, que liquidó el Gobierno Maura—, una repetida amenaza de escisión

o de quiebra, que en el primer caso estuvo a punto de desembocar en una dictadura militar y en el segundo hubiera obligado a Maura a gobernar dictatorialmente «frente a media España y más de media Europa». Sostuvo hasta el final, por encima de todas las «fulminaciones», al político de más talla de nuestro siglo XX —el demócrata Canalejas—. Frente a la intransigencia de Maura, hubo de aceptar (1913) la solución Dato, político que compensaba, con su sensibilidad para los problemas sociales, la ausencia de teatral brillantez. Hizo posibles, con la neutralidad, los beneficios económicos deparados por unos mercados insólitos y la culminación del prestigio del Estado con su propia labor filantrópica entre los beligerantes. Contrarrestando —en los límites impuestos por el orden constitucional— la fragmentación de los partidos dinásticos, abrió —puede decirse que impuso— un cauce de solidaridad constructiva a través del Gobierno de concentración de 1918. Trató de salvar, desde arriba, la inestabilidad creada por las tensiones político-sociales apelando a Maura y a Cambó —que se hicieron a un lado— en el momento decisivo de 1922. Y aceptó —pero no urdió— la Dictadura militar de Primo de Rivera: porque, para él, el bien posible del país estaba por encima de la Constitución —tanto como por encima de la propia Corona—, y de esta convicción daría prueba decisiva escogiendo noblemente el exilio en la hora decisiva de 1931.

LA DICTADURA, UNA OCASIÓN PERDIDA

LA Dictadura —o la vacilación para salir de ella a tiempo— tal vez fuese el gran error de Alfonso XIII; pero, en todo caso, un «error de todos» —de la «España real»—, dado el entusiasmo unánime con que fue acogida —incluso, por aquellos sectores más empeñados luego en condenarla: desde la burguesía regionalista a los intelectuales de «El Sol», pasando por los cuadros de la UGT—. El paréntesis abierto por Primo de Rivera al régimen parlamentario deparó una oportunidad decisiva para ese arbitraje entre «España oficial» y «España real» en que el Rey cifró siempre su propia versión del regeneracionismo. Primo de Rivera se estimó siempre a sí mismo como el «cirujano de hierro» preconizado por Costa: son clarísimas las alocuciones costistas en sus palabras y en sus programas de actuación. No se pueden regatear al General, por otra parte, los méritos que implicó el final de la sangría de Marruecos —tras el brillante desembarco de Alhucemas, en 1925— y el «cambio de piel» que trajo al país el equipo de «técnicos» del Directorio Civil.

De la Dictadura pudo salir —cortado el nudo gordiano de los intereses oligárquicos en torno a los viejos partidos— un nuevo concepto del Pacto del Pardo: con una vertiente conservadora, asignada por el Dictador a la endeble Unión Patriótica —y



Una de las crisis más graves que tuvo que afrontar Alfonso XIII fue el ataque sistemático a las dos grandes instituciones —Monarquía y Ejército—, sobre cuyo entendimiento gravitó el edificio todo de la Restauración. (En la imagen, el Rey durante una jura de bandera en el paseo de la Castellana.)

que el Rey seguía identificando con las reservas intactas, y perfectamente preparadas, de Cambó—, y una vertiente socialista, que Primo quiso modular en un laborismo planificado por Aunós, mientras el Rey lo concebía, simplemente, como una sincera «apertura» hacia el partido de Pablo Iglesias (léanse las curiosas *Memoorias* de don Pedro Sainz Ro-

respaldada con prueba alguna en las Cortes republicanas trocadas en Convención en 1931.

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ
LA ALTERNATIVA
REPUBLICANA

A UNQUE parezca contradictorio, bien puede afirmarse que jamás fue el Rey más Rey que en el mo-

“Alfonso XIII se exilió para hacer de España, una vez más, ‘señora de sus destinos’, franqueándole el camino hacia una nueva experiencia regeneracionista: la tercera.”

dríguez para verificar este hecho).

Pero el fracaso de la Dictadura en su intento de renovar sobre bases reales el artificioso bipartidismo del Pacto del Pardo, implicó el fracaso de la Monarquía. En 1930, Alfonso XIII se encontró solo: enfrentado a un mismo tiempo con los que le condenaban por haber dado paso al Dictador y con los que no le perdonaron la retirada de éste. Como una catapulta, todas las ofensivas las monopolizó la brutal ofensiva de Prieto, basada en la difamación sistemática: la difamación que luego no podría ser

momento de renunciar a una resistencia armada —la que le brindaba el general Cavalcanti— tras el resultado, cuando menos discutible en su alcance, de las elecciones de abril de 1931. Bien sabido es que en aquellas elecciones hubo muchos sufragios insinceros: los de quienes votaron a la República, no por convicción antimonárquica, sino por resentimiento hacia el Rey. A la mezquindad supo contestar Alfonso XIII con grandeza. Todo su reinado había sido una pugna incansable contra el desgarramiento revolucionario, pero también —era la otra cara de una mis-

ma moneda— contra la guerra civil. «Las elecciones celebradas el domingo —rezaba su último manifiesto— me revelan que no tengo hoy el amor de mi pueblo... Resueltamente quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fructificada guerra civil.» Al cortesano que, lisonjeramente, le auguraba un pronto regreso, le atajó: «Espero que no habré de volver, pues ello solamente significaría que el pueblo español no es próspero ni feliz...» Demostraba así que que no fue una simple frase su célebre glosa a un desplante de Cambó: «¿Monarquía? ¿República? ¿España!». Llevaba la muerte en el alma, porque la tremenda injusticia de 1931 cerraba un círculo abierto con aquel ingenuo pronóstico escrito en su diario de 1902: «... De mí depende si ha de quedar en España la Monarquía borbónica o la República». «Me parece —murmuró en el momento de abandonar la mansión de sus antepasados— como si hubiera ido a visitar a un viejo amigo y lo encontrase muerto...»

Por supuesto, la magnanimidad es virtud de reyes. De grandes reyes. Alfonso XIII se exilió para hacer de España, una vez más, «señora de sus destinos», franqueándole el camino hacia una nueva experiencia regeneracionista: la tercera. Pero a la República le bastaron cinco años para consumir el desgarramiento interior, llevado hasta el derrumbamiento en guerra civil. Porque los hombres del nuevo Régimen, lejos de sacrificarse por el país, sacrificaron el país a su propia posición «en» la República.

EL HOMBRE

DESCONOCIDO o falseado en su verdadera imagen política, no lo fue menos Alfonso XIII en su entidad humana: la acusación de frivolidad, de egoísmo, incluso de insensibilidad, aparece en textos más o menos «respectables». Alcalá Zamora lleva su rencor hacia el Rey hasta una frase atroz: «Puede creerse que no quiso de veras a nadie, aun dentro de la misma dinastía». Contra semejante inactividad se vuelve una realidad patente en las relaciones de Don Alfonso con su madre, con sus hijos, con la esposa, a la que volvió siempre, pese a crisis dolorosas y explicables. («Nos comportamos como novios», le confesó a Cortés-Cavanillas cuando la augusta pareja se «reencuentró en Roma en

1939.) Pero a todos los amores humanos se sobreponía el que apasionadamente profesó a su pueblo: patente en todas las determinaciones de su reinado; en la patética nostalgia de sus últimos momentos, vueltos hacia unos súbditos en cuya generosidad creyó siempre.

Puede ser un camino de «aproximación» al hombre seguir las transformaciones de su imagen física desde que Sorolla hizo el magnífico retrato de la pinacoteca de Palacio —maravilla de tonos impresionistas de luz sobre los tonos escarlata y añil de un resplandeciente uniforme de húsar—, en un momento de juventud radiante llena de esperanzas —vital: es el instante preciso de su paternidad primera; políticas: acaba de iniciarse la prometedor «revolución desde arriba» maurista—. Esa plenitud quedará ensombrecida pronto por el angustioso maleficio que amenaza la vida del primogénito, víctima de la hemofilia, y por las primeras turbulencias hostiles en que «media España y más de media Europa» se tensan contra el Rey, a vueltas de la célebre «ferrada». Veinte años más tarde, he ahí el cuadro elegante, pero revelador, de Vázquez Díaz, en el que el Monarca viste uniforme estival de almirante. La figura, menos esbelta que en el retrato de Sorolla; la fisonomía, cetrina, bañada por una melancolía apenas encubierta tras la seductora sonrisa de *roi charmant*. Ha dejado surcos lacerantes en su alma la repugnante ofensiva en torno a las «responsabilidades» de 1921; el folleto canallesco de Blasco Ibáñez —«Alfonso XIII, desenmascarado»—. ¡Cuántas amarguras sobre las ilusiones de 1902! «El Rey —adivinó Cambó— es un ser profundamente desgraciado.» Y desde el lejano recuerdo, Vilalonga nos lo ha descrito «siempre con un toque de tristeza en su mirada frecuentemente ausente...»

Como el Caballero cervantino, había quemado su vida tras una quimera ideal: el resurgimiento de una Patria que era la razón suprema de su ser. ¿Erró en el empeño? «Un Rey puede equivocarse —declaró en su manifiesto de abril—, y, sin duda, erró yo alguna vez; pero sé bien que nuestra patria se mostró en todo tiempo generosa ante las culpas sin malicia.» ¿Ha llegado la hora de que esa convicción del Monarca deje de ser una quimera más...?

Carlos Seco Serrano